

Nacido en Escoriaza, a Escoriaza volvió...

El gran empresario Pepe Arana

Cuyas iniciativas y organizaciones llenan medio siglo
de vida donostiarra



El 5 de Diciembre pasado cumpliéronse 43 años —¡casi medio siglo!— del fallecimiento de Pepe Arana, el popular empresario—promotor, se diría ahora—de cuantos espectáculos, dignos de llamarse tales, se celebraron en San Sebastián en el último tercio del siglo XIX.

Pero Pepe Arana no circunscribió su actividad a nuestra Ciudad; por el contrario, inquieto y ambicioso, poseedor de una vitalidad extraordinaria, saltó hasta la capital de la Nación y dejó allí huella bien señalada de sus pasos, de sus iniciativas, de sus aciertos y éxitos.

Pepe Arana—D. José Arana y Elorza—no era donostiarra de cuna: había nacido en la localidad guipuzcoana de Escoriaza.

Con su muerte desapareció uno de esos genios emprendedores, uno de esos caracteres decididos, uno de esos corazones generosos, bastantes por sí solos para decir a toda una población:

—Levántate y anda; yo empujaré tus destinos; todos mis esfuerzos, todos mis pensamientos, todas mis combinaciones, mis proyectos, mis iniciativas y empresas serán para darte lustre, para hacer de ti un verdadero emporio de atractivos y bellezas; para convertirte en pueblo preferido por la moda veraniega; para que llegues a ser con el rodar de los años, la playa que enorgullezca a una nación entera y cuyo nombre se pronuncie por todos los ámbitos del mundo.

Y así fué, y por eso la muerte de un hombre tal, que desde modesto tendero de ultramarinos, llega a ser el alma y la vida de San Sebastián y el genial iniciador de sus raudos adelantos, fué recibida entre

sus convecinos de todas clases sociales, como una pérdida irreparable, difícil de llenar, como una desgracia que a todos alcanzaba y afectaba.

Cincuenta años consagró Pepe Arana a la vida febril de los negocios y de las iniciativas fecundas.

La primera tienda de ultramarinos que al iniciarse el ensanche de San Sebastián se abrió más allá de las murallas, fué la suya; estaba en la esquina que forma el Bulevar con la calle Elcano.

Andando el tiempo, estableció junto a esa tienda una oficina especialmente dedicada al cambio de moneda; y allí, en aquellos establecimientos, que iniciaban la prodigiosa reforma de San Sebastián, se formó la célebre tertulia, por la que desfilaron las personas más salientes de aquí y de la colonia veraniega, entre las que recordamos a don Ramón Machimbarrena, el amigo íntimo de Arana; Bilbao, Medina, Tournan, Goicoa y otros muchos, entre los que figuraba, invariablemente durante el verano, el famoso matador de toros "Guerrita". En aquella tertulia se barajaban proyectos, se lanzaban ideas, se planeaban mejoras, se hablaba a todas horas de convertir nuestra Ciudad en una de las más bonitas y hermosas de España y Europa; y cuantos han asistido al increíble desarrollo de la urbe donostiarra, apreciarán, de seguro, todo el alcance de la fecunda labor realizada en la tienda de D. José Arana.

En aquella época de actividad y de entusiasmos; cuando el nombre de Arana se pronunciaba en todas partes, y la popular Sociedad "La Armonía" le contaba en su seno como uno de sus socios más activos, llegó a esta capital un francés, apellidado Verde.

El ambiente del Café-Bar OLIDEN es auténticamente donostiarra

¿Las mejores banderillas?... Indudablemente, en OLIDEN

con el propósito — que realizó — de construir una plaza de toros, en el mismo sitio en que se levantó más adelante la que desapareció al principio del siglo.

Habiendo Verde abandonado la empresa, y no habiéndose celebrado corrida alguna, “La Armonía” resolvió hacer sus veces, y celebrar dos, cuya organización encomendó al Sr. Arana. Esta fué, por decirlo así, la iniciación de sus actividades como empresario de toros. Sus actos posteriores revelan cómo pudo serlo.

Un suceso, por demás triste, suspendió durante algún tiempo la vida normal de la capital donostiarra: la guerra civil. Durante ella, la plaza levantada por Verde fué totalmente destruída a causa de un voraz incendio; y entonces, Arana, haciendo un colosal esfuerzo, levantó otra, en 30 días, sobre el mismo solar de la destruída. Era aquélla de madera; pero, a fuerza de ir haciendo en ella reformas, uno y otro año, llegó a convertirse en la que muchos de nuestros lectores habrán conocido. La organización de las dos corridas que acordó dar “La Armonía” fué lo que movió a Arana a aclimatar definitivamente esta clase de espectáculos en San Sebastián.

Para construir la plaza en el corto tiempo que hemos dicho, no perdonó Arana esfuerzo de ninguna clase, como lo demuestra que él mismo fué a Bayona para contratar las obras y los materiales. ¿Quién no ha visto, o quién no ha oído, que por la desaparecida plaza de Atocha, testigo de las rápidas y certeras iniciativas de Arana, desfilaron las más grandes celebridades del toreo? ¿Quién no recuerda o quién no sabe, que allá, por los años de 1880 al 82, se vieron aquí a los famosos lidiadores franceses y los no menos famosos rejoneadores portugueses? ¿Quién no sabe o no ha oído contar que las primeras corridas, dadas de noche con luz eléctrica, fueron en San Sebastián?

A partir de ese momento, la nueva generación pudo conocer lo que Arana fué como empresario de toros. En la suerte le acompañó siempre el acierto; pero es porque supo sujetarla y mantenerla con su tino especial, con su carácter atrayente, con su genio decidido y resuelto. Sus programas anunciadores llegaron a hacerse célebres por el empleo de los más pintorescos apelativos. Los cohetes de Ara-

na, que tenían el privilegio de detener chaparrones como los del diluvio, a las dos de la tarde, para reaparecer a las siete, cuando había terminado la corrida, ¿quién no los recuerda?

Indudablemente se debe, pues, a Arana la consolidación, la consagración, del verano en San Sebastián; porque con la celebración de sus afamadas corridas, durante la larga época en que constituyeron, puede decirse, el único espectáculo de la temporada estival, logró ir atrayendo a la colonia veraniega, hasta alcanzar el asombroso desarrollo que ofreció años después.

La gente de coleta tenía en él una fe ciega. Las estrellas del arte le querían entrañablemente; tanto, que cuando surgió la idea de levantar una nueva plaza taurina, más cómoda, más elegante, más en armonía con las necesidades de la capital, los toreros de fama ofrecieron a Arana no torear en otra plaza que en la suya.

Arana, agradeciendo el rasgo, lo declinó, porque su desprendimiento y desinterés era tales, que no tuvo dificultad en entrar en negociaciones con la empresa de la proyectada plaza. Este solo detalle, desconocido para la mayoría de nuestros lectores, revela, por sí solo, el carácter de Arana.

A él se debió, también, el primer circo levantado en el parque de Alderdi-Eder, en el cual se escuchó y aplaudió a las más grandes notabilidades del mundo musical, entre los que se recuerda al incomparable Sarasate y a la sin rival orquesta que dirigía el maestro Vázquez. El primer concurso musical celebrado en España fué, asimismo, debido a él.

No contento con la organización de estos espectáculos, y deseoso de facilitar al clásico juego vasco campo apropiado donde celebrarse, levantó el frontón Beti-Jai en el apogeo del pelotarismo, por el que desfilaron los más solicitados campeones; y como si esto le pareciese poco todavía y fuera menester saturar de las costumbres vascas a pueblos diferentes al nuestro, levantó en Madrid otro frontón con igual nombre; y lo que aquí se aplaudía, se aplaudió allí, y lo que aquí era concurrencia al juego favorito del País, fué allí concurrencia al juego vigoroso que se importaba vencedor, y los pelotaris llegaron a ser “los niños mimados” del público castellano.

Pero el genio de Arana no descansaba; su natu-

En el Bar O L I D E N hallará usted calidad, excelente servicio y simpatía.

¿Que quiere usted las mejores banderillas?... No deje de visitar el **OLIDEN**

raleza bravia había nacido para el combate; y a buscar campo apropiado para continuar la obra desarrollada en San Sebastián, se fué a Madrid, y viendo el Teatro Real decaído, se propuso levantarlo; y viendo el arte musical desfallecido, quiso realzarlo.

Y lo consiguió. Empresario del regio coliseo, públicas fueron sus campañas, pública su labor regeneradora, públicos los esfuerzos hechos y, merced quizá a los cuales, pudo llegar a verse en las tablas del primer teatro nacional la gigantesca producción del colosal Wagner "El ocaso de los dioses".

¿Qué más? Activo hasta un grado inconcebible, abordó otros muchos negocios que no detallamos por no hacernos prolijos, en muchos de los cuales le ayudó su entrañable amigo Tournan, y en todos los cuales, junto a un acierto envidiable, puso una honradez acrisolada.

La personalidad moral del Sr. Arana no es menos digna de renombre y alabanza. Afable en su trato, llano con todo el mundo, grande o chico; atrayente, bondadoso y sincero, las simpatías de que gozaba eran merecidas y profundas. Sólo así se comprende que llegara donde llegó. Su generosidad era inabarcable; su espíritu caritativo ardiente y pronto a remediar toda desgracia.

Con el nombre de las clases pasivas de Arana se conocieron en San Sebastián a las muchas familias que él sostenía. Las sociedades benéficas pudieron, también, dar cuenta exacta de su desprendimiento.

La enfermedad que le mató fué rápida: el proceso... el proceso acaso fuese largo; pues desde que abandonó Arana los negocios y se fueron esfumando en el pasado los recuerdos de aquella tertulia en el Bulevar, parecía que se habían apoderado de él, la nostalgia, la tristeza, la idea del término de una vida consagrada al trabajo.

Víctima de aguda afección cardiaca, que tronchó

rápida una de esas naturalezas robustas, nacida para la lucha, falleció el 5 de diciembre de 1908, a mediodía, don José Arana y Elorza, cuyo nombre llena todo un período de 50 años en la vida de San Sebastián. El 4 por la noche, el estado del enfermo era desesperado. En sus pulmones no penetraba el aire: el corazón apenas podía funcionar ya; se presentaba, inminente, la horrible muerte por asfixia. Para colmo de contrariedades, la asistolia se había complicado con una laringitis; los accesos de disnea eran cada vez más intensos. No quedaba a la ciencia en su combate con la enfermedad, más que un recurso extremo supremo: la traqueotomía. Y a las once se le practicó la operación.

La noche fué horrenda; por la mañana el peligro arreciaba; a pesar de la cruenta operación, la muerte se le iba acercando. A las once y media, el agudo estertor cedía; una hora después, apenas se escuchaba la respiración del enfermo. Poco antes de la una dobló la cabeza sobre el pecho y quedó rígido en la butaca donde permaneció, durante la enfermedad, había muerto.

No mucho después la triste noticia volaba sobre la ciudad, llevando el duelo a todas partes; duelo general y profundo porque con la desaparición de Arana del mundo de los vivos, desapareció, como apuntamos al principio, uno de esos genios emprendedores, uno de esos caracteres decididos, uno de esos corazones generosos, suficientes por sí solos a decir a toda una población:

—¡Levántate, y anda!

Nacido Arana en Escoriaza, a Escoriaza volvieron sus restos, por expresa voluntad de quien supo luchar y vencer y dejar tras de sí una estela de gratísima y perdurable memoria.

Iván DE VARGAS.

Salomé M. Adrián

PROFESORA EN PARTOS

Primo Rivera, 20, 5.º izqda. - Teléfono 1-10-49

Apr. por la Censura Sanitaria n.º 53

¿UN CAFE CENTRICO Y ACOGEDOR?... «OLIDEN»